

análisis/ a. w. maldonado



Se acabó el 'free lunch' en Puerto Rico

El Puerto Rico moderno es, en gran medida, uno de los resultados de la política liberal económica que ha reavalecido en Estados Unidos desde el Nuevo Trato el presidente Roosevelt.

Ahora ha comenzado una nueva era en Estados Unidos —lo que se llama la Revolución Reagan: una política económica conservadora, en contra de gastos para programas sociales, a favor de reducir el papel del gobierno en asuntos económicos, y a favor de fomentar la iniciativa y el capital privado.

¿Cómo afecta esta nueva era a Puerto Rico, especialmente en su relación económica y política con Estados Unidos?

Primero; tenemos que entender con precisión nuestra propia "revolución pacífica". Una de sus raíces fue la confianza que se desarrolló entre un nuevo líder puertorriqueño, Muñoz Marín, y el presidente Roosevelt. Esto produjo la llegada a Puerto Rico de Rexford Tugwell seguido por 40 años de generosidad fiscal de Estados Unidos hacia Puerto Rico. Los presidentes republicanos fueron tan generosos como los Demócratas —no solamente por simpatía hacia Puerto Rico, sino que la filosofía económica esencial en Estados Unidos era precisamente usar los recursos de la nación para ayudar directamente a los más pobres. Y nadie es más pobre en Estados Unidos que Puerto Rico.

En 1980 el pueblo eligió abrumadoramente a Ronald Reagan. Su prédica esencial es que casi medio siglo de liberalismo económico había llevado a Estados Unidos a casi la bancarrota económica —el gigantesco déficit presupuestario. Irónicamente, Reagan empeora la situación insistiendo en bajar las contribuciones mientras aumentaba los gastos de defensa nacional.

Así que no importa quien sea electo en 1988 —un republicano conservador como el representante Kemp,

o Republicano moderado como el vicepresidente Bush, o el senador Dole, o el ex senador Baker, o un demócrata liberal como Ted Kennedy o el gobernador Mario Cuomo— va a tener que seguir inexorablemente una política económica sumamente conservadora, probablemente más que la del propio Reagan.

Y esto va a cambiar profundamente las bases mismas de la relación entre Puerto Rico y Estados Unidos —una relación basada en una política sumamente liberal y generosa.

Lo obvio es que habrá menos fondos federales para Puerto Rico. (A pesar de los recortes de Reagan, los fondos federales en conjunto han seguido aumentando.) Significa, creo, que Puerto Rico va a tener que defender y luchar para retener los fondos federales que ahora recibe. ¿Quién sabe si tendrá que defender en un futuro los cupones de alimentos —el PAN— lo mismo que ahora está batallando desesperadamente para la 936?

En un Estados Unidos bajo el terrible imperativo de reducir sus monstruosos déficits presupuestarios y en su comercio exterior, Puerto Rico no va a poder ir a Washington con exigencias, como lo hacía el gobernador Romero, o con "ay benditos". Puerto Rico va a tener que unirse al ambiente de sacrificio nacional; tendrá que ir a participar en la solución, y no contribuir al problema.

Los puertorriqueños que llevaron las peticiones de estadidad no pudieron hacerlo en un momento peor. Estadidad significaría aumentar grandemente los fondos federales a la Isla; poner fin a la industrialización que depende de incentivos como la exención contributiva. La idea misma de la estadidad pudo haber tenido algún respaldo en la época de la Guerra Contra la

Pobreza: —vamos a eliminar la pobreza en Puerto Rico con puros fondos federales, cueste lo que cueste. Pero esto es precisamente lo que está muerto en Estados Unidos.

Pero, ¿cuándo será el momento propicio para llevar a cabo en Estados Unidos una campaña "cívica" a favor de la estadidad?

Ahí está el problema. La nueva era de política económica conservadora, esclava del imperativo del déficit monstruoso, va a continuar por años, si no décadas. Es posible que Estados Unidos nunca más regrese al liberalismo económico. No solamente lo va a prohibir sus realidades internas, sino las realidades internacionales —el poderío militar de la Unión Soviética y el poderío económico de un Japón.

Si la estadidad es, en efecto, imposible, ¿qué de la independencia? Sin duda alguna, en la nueva era económica en Estados Unidos, muchos van a llegar a la conclusión que la mejor solución para Estados Unidos es la independencia. Pero hay un problema. Nadie ni nada le puede quitar la ciudadanía americana a los puertorriqueños. Y me sospecho que los puertorriqueños van a querer retener su ciudadanía aún más en el futuro que en el pasado.

¿Qué, entonces, va a cambiar?

Como se diría en inglés, el "free lunch" (almuerzo gratis) va a terminar para Puerto Rico. No habrán cambios jurídicos —Puerto Rico no cambiará su status político. Pero será una relación distinta: Puerto Rico va a tener que trabajar y producir como nunca antes para sostener un alto nivel de vida y reducir su pobreza. Va a necesitar incentivos tan buenos o mejores que la 936 para atraer nuevo capital. Se terminó el "ay bendito".